

# La historia en la antesala. Figura y funciones del intelectual en las discusiones entre Siegfried Kracauer y Theodor W. Adorno\*

A história na antessala. Figura e funções do intelectual nas discussões entre Siegfried Kracauer e Theodor W. Adorno

History in the anteroom. The figure and functions of the intellectual in the discussions between Siegfried Kracauer and Theodor W. Adorno

Miguel Vedda\*

**Resumen** – El presente artículo aborda los debates entre Kracauer y Adorno – particularmente, después de la Segunda Guerra Mundial – con vistas a especificar el modo en que en ambos se perfilan la figura y las funciones del intelectual moderno.

**Palabras clave:** intelectual; marxismo; filosofía; utopía; dialéctica.

**Resumo** – O presente artigo aborda os debates entre Kracauer e Adorno – particularmente, depois da Segunda Guerra Mundial – visando a especificar o modo em que ambos se perfilam a figura e as funções do intelectual moderno.

**Palavras-chave:** intelectual; marxismo; filosofia; utopia; dialética.

**Abstract** – This article approaches the debates between Kracauer and Adorno – particularly, after World War II – aiming to specify the way in which both outline the figure and the functions of the modern intellectual.

**Keywords:** intellectual; Marxism; philosophy; utopia; dialectics.

\* VEDDA, Miguel; *La irrealidad de la desesperación. Estudios sobre Siegfried Kracauer y Walter Benjamin*. Buenos Aires: Gorla, 2011, p. 51-60.

\*\* Doutor em Letras por la Universidad de Buenos Aires. Prof. titular regular de Literatura Alemana (Facultad de Filosofía y Letras, UBA) e investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Director del Departamento de Letras de la UBA. *Correspondência:* Universidad de Buenos Aires - Departamento de Letras. Puan 480, 3º piso, oficina 328, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina. CP:C1406CQJ. *Email:* <miguelvedda@yahoo.com.ar>.

En una carta a Adorno del 1º de abril de 1964, en la que le comenta al amigo de juventud la reciente aparición de un artículo de Joachim Günther sobre la compilación de ensayos *El ornamento de la masa*, aparece la siguiente observación de Kracauer: “Es interesante que los jóvenes críticos evoquen una y otra vez la afinidad existente entre tú, yo, Benjamin y Bloch. Para ellos conformamos un grupo que se distingue del fondo de la época” (ADORNO; KRACAUER, 2008, p. 658-659). Receloso ante el modo en que Günther presenta, ante el público lector alemán, su obra ensayística de los años veinte y treinta, Kracauer comenta: “Encuentro interesante y extraño percatarme del aspecto que nosotros, que nos conocemos internamente, mostramos hacia afuera” (ADORNO; KRACAUER, 2008, p. 659). Para un autor preocupado, más allá de su proverbial retraimiento, en rastrear el modo en que estaba siendo interpretada y difundida, en la Alemania de la segunda postguerra, su propia imagen en cuanto intelectual, la estrategia descubierta en Günther y en otros críticos jóvenes – que no habían podido conocer de primera mano el *milieu* intelectual de la República de Weimar y de los primeros años del nazismo – debía de encerrar, a la vez, un beneficio y un riesgo. Por un lado, la aproximación a los pensadores mencionados no podía menos que representar una conveniente carta de presentación para un autor que, en Alemania, había caído en un relativo olvido durante los años del exilio; por otro, la congregación de los distintos autores en *un grupo* tenía que despertar, en un individualista tan radical como Kracauer, el temor ante una perniciosa homologación de las diferentes perspectivas. Es, sobre esta base, comprensible que en sus escritos tardíos aparezcan frecuentes tentativas para definir sus propias posiciones a partir de una delimitación respecto de las que sostenían Adorno, Benjamin o Bloch.

El hecho de que, sobre todo, le haya interesado a Kracauer poner en claro sus acuerdos y discrepancias con Adorno es en sí explicable: en parte, porque existía entre ambos una relación personal más prolongada e intensa que la que el autor de *Los empleados* había mantenido con los otros dos pensadores; pero sobre todo por la posición que Adorno venía ocupando, en la opinión pública alemana, desde comienzos de los años sesenta. La intensa actividad académica, la aparición de sus libros en grandes tiradas, las frecuentes intervenciones en la prensa y la radio, le habían granjeado al filósofo frankfurtiano un éxito comparable, en algún punto, con aquel que había alcanzado Kracauer en su época de escritor y redactor en el suplemento cultural de la *Frankfurter Zeitung*. Favorecido por primera vez por una posición de autoridad tal, Adorno asumió, durante su última década de vida, el papel de mediador entre los lectores alemanes y la obra de autores biográfica e intelectualmente próximos a él. Testimonio de ello lo ofrecen las conferencias, ensayos y charlas radiofónicas en los que Adorno se abocó a la tarea de trazar siluetas de los pensadores mencionados en la carta antes citada de Kracauer; podríamos mencionar como ejemplos, en el caso de Bloch, los artículos “*Rastros*, de Bloch” (1960) “*Asa, jarra y ex-*

perencia temprana” (1965); en el de Benjamin, “Caracterización de Walter Benjamin” (1950), “Introducción a los *Escritos* de Benjamin” (1955) o “El Benjamin epistolar” (1966). En todos estos casos, Adorno cumplió la valiosa función de despertar o reavivar el interés por estos pensadores, pero también ayudó a consolidar – sobre todo en el caso de Benjamin – una imagen agudamente sesgada, en la que descollaban con nitidez aquellos rasgos de las figuras retratadas que revelaban mayores semejanzas con los puntos de vista filosóficos y políticos del Instituto de Investigación Social, en tanto los trazos divergentes eran, en cambio, relegados a un segundo plano, o atacados con dureza. Los artículos de Helmut Heißenbüttel y Werner Kraft, y aún más la polémica desarrollada, en la segunda mitad de los años sesenta, en la revista *Alternative* en torno a la (discutida) apropiación adorniana del legado de Benjamin, revelan, al margen de sus notorias debilidades, hasta qué punto podía ser experimentado ese brusco recorte como un acto de violencia.

En el caso de Kracauer, se advierte con especial claridad el doble rostro de la estrategia de Adorno; es innegable que este ha cumplido una función capital en la edición (o reedición) alemana de las obras de Kracauer – comenzando por la ya clásica compilación de ensayos *El ornamento de la masa* (1964) –, y que con su conferencia “El curioso realista. Sobre Siegfried Kracauer” (1964) ayudó a reinstalar la figura de Kracauer. Pero este no podía dejar de ver, en la silueta trazada por su amigo, una imagen en la que solo con dificultad y a disgusto podía reconocerse a sí mismo. En efecto, en “El curioso realista” se ponen de relieve algunos de los rasgos más idiosincrásicos de Kracauer como escritor y pensador, se encarece su saludable escepticismo ante los sistemas totalizadores y, en general, la tradición filosófica idealista, y se ponderan sus principales logros –la novela *Ginster*, el estudio sobre *Los empleados*. Pero este reconocimiento tiene como contracara una crítica que insinúa mucho más de lo que explicita, pero que en lo esencial se define por su causticidad y aspereza y aun, por momentos, por su intransigencia frente a un estilo diverso de vida y pensamiento. El motivo central de la obra de Kracauer es, según Adorno, la inconmensurabilidad (*Inkommensurabilität*) entre idea y existencia, enlazado a la convicción de que la segunda debería mantenerse libre de toda sujeción a manos de la primera. En este materialista radical, el compromiso en salvaguardar la autonomía de los cuerpos y las cosas particulares frente a la violencia del concepto – en otros términos: la obsesión por consumir la *redención de la realidad física* –, habría implicado el deslizamiento hacia una posición contemplativa totalmente adversa al pensamiento dialéctico. Kracauer no habría considerado nunca suya “la necesidad de una mediación estricta en la cosa misma, de demostración de lo esencial en el seno de la célula más íntima de lo particular” (ADORNO, 2003, p. 377); incapaz de romper con el fenómeno, “tomaba obstinadamente el partido de Sancho Panza. Bajo el signo de su impenetrabilidad, su pensamiento deja estar a la

realidad, a la cual [...] debería penetrar. A partir de ahí se propone una transición a su justificación como la de lo inalterable” (ADORNO, 2003, p. 377-378). Convencida de la vileza de la sociedad humana, la conciencia de Kracauer se habría entregado a la veneración de las cosas; el estado de feliz inocencia infantil sería “el de las cosas menesterosas, las miserables, despreciadas, alienadas de su propósito; solo ellas encarnan, para la conciencia de Kracauer, lo que sería diferente del complejo funcional universal” (ADORNO, 2003, p. 392). Esta fascinación por las cosas, y ante todo por las más desatendidas y desamparadas, estaría en la base de esa devoción por la cultura baja que el autor de la *Teoría del cine* comparte con Bloch, y que para Adorno encierra el peligro de una capitulación ante el canto de sirenas de la industria cultural. Nuevo Feuerbach, Kracauer aparece, así, ante los ojos de Adorno como alguien que, colocado ante la disyuntiva de experiencia y teoría, decide fallar taxativamente a favor de la primera, renunciando así al movimiento dialéctico y confinándose a la posición del observador fascinado por el objeto. De manera insidiosa, la pasividad de Kracauer – la presunta incapacidad de este para trascender la inaccesible inmanencia de las cosas – aparece vinculada, en Adorno, con una lentitud y una prolijidad que inducirían a Kracauer a colocar, con moroso cuidado, un eslabón tras otro, incluso en aquellos casos en que el movimiento del pensamiento puede prescindir de esos eslabones intermedios.

Estas observaciones tienen como trasfondo una divergencia vital que atraviesa la correspondencia entre ambos pensadores, y en virtud de la cual la impetuosa rapidez de pensamiento y escritura de Adorno se contrasta con el lento ritmo de trabajo de Kracauer, quien se ve a sí mismo, comparativamente, como alguien que solo logra avanzar a pasos de caracol. Con mayor brusquedad que en el tercer volumen de las *Notas sobre literatura* se expresaba esta crítica en la versión originaria de la conferencia, publicada en los *Neue Deutsche Hefte* (Nuevos cuadernos alemanes), donde, apelando a un neologismo, se achacaba al autor de *Los empleados* una *exorable reflexión* (*erbittliches Nachdenken*) contrapuesta con la *inexorabilidad* (*Unerbittlichkeit*) de la *teoría enfática* (*emphatische Theorie*) promovida por Adorno.

Una crítica tal podría promover consideraciones y reacciones muy diversas; en todo caso, todo conocedor de los escritos de Kracauer podrá objetar que la crítica al inmovilismo resulta inadecuada cuando se la dirige a un pensador cuya obra posee, como uno de sus motivos centrales, una aversión radical frente a todo lo inmóvil y estacionario. Verdadero intelectual nómada, en palabras de Enzo Traverso (1994), Kracauer dedicaba su atención inquieta primordialmente hacia una realidad en movimiento: de allí su escepticismo frente a toda clase de dogmas. En esa medida tenía que incomodarlo una caracterización que, como la de Adorno, se esforzaba en aprisionarlo dentro de la camisa de fuerza de un esquema pre-

determinado. No es azaroso que encuentre, en el ensayo “El curioso realista”, una combinación entre un conocimiento directo, basado en la vieja amistad entre ambos, y una interpretación distanciada, instigada por el “inexorable” furor de pensamiento del teó rico enfático. Las reflexiones adornianas sobre las posiciones y obras de Kracauer posteriores a los años de juventud aparecen, a ojos de este, como “una construcción que, de hecho, llega desde una cierta distancia, y procede de tus propias premisas de pensamiento, en lugar de hacer justicia a la materia dada” (ADORNO; KRACAUER, 2008, p. 671; carta del 15/10/1964). La reluctancia a ponderar las cualidades individuales del sujeto esbozado se contrapone con la atención puesta, por el Kracauer tardío, en promover el tacto como un modo de consideración extremada hacia la particularidad del otro. En palabras de Barnouw, “tacto” significa, en Kracauer, “ponerse en el lugar del otro y anticipar lo que podría lesionar – es decir, disminuir la presencia del otro –, o lo que podría agrandar – es decir, encumbrarla. Tacto significa no presuponer la más íntima verdad del otro y, por ende, definirla y fijarla, sino permitir que ella esté presente en relación con otros” (BARNOUW, 1994, p. 160). La “falta de tacto” de Adorno revela menos la fisonomía del sujeto retratado que la del propio autor; y a ello alude Kracauer cuando le dice a su amigo: “a partir de tu construcción de mi figura [...] se me volvió más clara la tuya; tu visión sobre mí me permite verte a ti con mayor nitidez” (ADORNO; KRACAUER, 2008, p. 670).

En la misma carta en la que aparece la declaración que acabamos de citar se pregunta Kracauer si no debería alguna vez trazar, a modo de respuesta, una semblanza de Adorno. En la medida en que el proyecto no llegó a concretarse, correspondería preguntar cuál es la imagen que Kracauer había trazado de la idiosincrasia personal e intelectual adorniana. Las bases más valiosas para recuperar esta imagen están en unas notas en las que Kracauer resume una discusión sostenida con Adorno en el Hotel Sonnenheim el 12 de agosto de 1960; sustancial es en ellas no solo la caracterización del autor de *Minima Moralia*, sino también la forma en que su amigo delimita, a partir de tal caracterización, sus propias posiciones. De manera sintética (y, por cierto, simplificada), la discusión es expuesta como una oposición entre dialéctica y ontología. Anticipando su artículo cuatro años posterior, Adorno surge aquí impugnando el “materialismo ingenuo” de Kracauer, supuestamente asentado en hábitos de pensamiento obsoletos, de orden ontológico. Postula a cambio una dialéctica infinita, que penetra todas las cosas y entidades concretas y, al atravesarlas, recorre un proceso que no tiene meta exterior a su propio movimiento, ni dirección diversa de la que es inmanente a él. La sensación de vértigo que la dialéctica adorniana – inmaterial, infinita – provoca en Kracauer, se debe a que este no habría percibido la visión general que “es accesible solo a aquellos que han absorbido su producción en su totalidad” (ADORNO; KRACAUER, 2008, p. 514). Por el contrario, Kracauer piensa que “en vista de que su

dialéctica consiste en una secuencia infinita de momentos concretos, se supone que cada momento debe ser interpretado en profundidad, la suma total de esos momentos es inalcanzable” (ADORNO; KRACAUER, 2008, p. 515). Es revelador, en vista de la idiosincrasia del autor de la *Teoría del cine*, que compare la dialéctica infinita de su “rival” como un filme compuesto solo de primeros planos: una obra tal resultaría, para los espectadores, totalmente confusa, a menos que estos *close-ups* fueran interrumpidos, de vez en cuando, por planos generales que los relacionen con nuestra realidad cotidiana y que, de esa manera, definan sus posiciones respectivas. Esos planos de situación están dados por ciertos postulados ontológicos que permiten situar y anclar materialmente el movimiento dialéctico.

En ese punto se asimilan las posiciones de Kracauer a las de Benjamin: la manera en que este fundaba sus análisis de entidades concretas en visiones mesiánicas saturadas de contenido utópico es afín a la determinación kracaueriana de asentar su reflexión histórica en una base ontológica: ninguno de los dos acepta la *dialéctica inmanente* de Adorno. Este, por lo demás, insiste en reducir la dimensión ideológica a la sociológica, por lo que ve en las ideologías tan solo su carácter de falsa conciencia, y se muestra, en cambio, remiso a reconocer su aspecto positivo, ligado a las prácticas materiales y, sobre todo, a las perspectivas utópicas de las sociedades. Adorno es capaz de retrotraer las características estéticas o conceptuales de una entidad a la situación social de la que dicha entidad surge, pero “lo hace de una manera tal que inequívocamente revela su completo desinterés por la naturaleza material de la sociedad, pasada y presente, y por los medios de mejorar nuestra condición social” (ADORNO; KRACAUER, 2008, p. 517). De ahí que el concepto de utopía aparezca en Adorno solo como un concepto limítrofe que, al final, se introduce como un *deus ex machina*, en tanto, para Kracauer, el pensamiento utópico solo tiene sentido si adopta la forma de una visión o intuición dotada de un contenido definido. En términos que evocan la crítica de Marx a los neohegelianos de la *Allgemeine Literatur-Zeitung*, Kracauer ve en Adorno a un tardío exponente de aquella filosofía especulativa que proponía transformar el mundo desde la idea, aislándose de la praxis humana material y concreta y de las creencias y perspectivas de las masas. En tal sentido – y aunque una idea tal no se le ocurra a Kracauer –, el autor de *Dialéctica negativa* podría merecer una acusación de anacronismo acorde con la que dirigió contra su amigo. La distancia respecto del mundo de la vida permite identificar la mutilación de esta, pero no los modos de subvertirla; ante los ojos de Kracauer, Adorno emerge como el espíritu que siempre niega, y es sugestivo que aquel parafrasee los versos del *Fausto* inmediatamente posteriores al que acabamos de citar para decir que, desde la perspectiva adorniana, como desde la metafísica, “todo lo que existe, existe solo para ser devorado en el proceso dialéctico que Teddie mantiene en continuo movimiento a causa de su carencia de sustancia, de visión. Para él, la dialéctica es un medio para

preservar su superioridad sobre todas las opiniones, puntos de vista, tendencias y sucesos imaginables mediante el recurso de disolver, condenar o volver a rescatarlos tal como a él le place. Así, se coloca a sí mismo como el señor y controlador de un mundo que nunca absorbió. Pues si hubiese absorbido al menos fragmentos de él, su dialéctica se detendría en algún punto. Tal como están las cosas, ella refleja, desde una perspectiva sociológica, un mundo vaciado de creencias y adhesiones” (ADORNO; KRACAUER, 2008, p. 517).

En consonancia con ese protocolo, el epistolario revela que las desavenencias de Kracauer frente al concepto de industria cultural creado por Adorno no tienen que ver tanto con las posiciones de principio en que se asienta tal concepto, como con la pobreza de contenidos. En su carta de 16/1/1964, Kracauer afirma que sus discrepancias con las ideas de Adorno no se fundan tanto en la posición de este, que le parece “totalmente legítima”, como en los contenidos:

Y una idea al respecto era que quizás sería bueno que alguna vez volvieras a investigar empíricamente y construir en forma exhaustiva uno de los nuevos desarrollos de la industria cultural – p. ej., el *travel racket*. El (ineludible) incremento en cantidad de la industria cultural conduce también, posiblemente, a la adopción de nuevas cualidades. Yo mismo hice algunas observaciones al respecto, a causa de mi ‘curioso realismo’ (ADORNO; KRACAUER, 2008, p. 640).

La relevancia que toda esta discusión tuvo para Kracauer puede verse en su gran obra póstuma sobre historiografía, sobre cuya composición, curiosamente, solo se encuentran menciones superficiales en la correspondencia. Cabe afirmar que entre los múltiples objetivos que albergaba el autor de la obra se encontraba el de delimitar su propio espacio – impreciso – de reflexión respecto del que ocupa el “filósofo enfático”: ya por el hecho de que el libro no solo se encarga de precisar el dominio específico de la historia frente a los colindantes que ocupan las ciencias abstractas, el arte y la literatura o la mera opinión, sino también – y ante todo – frente al ámbito de las especulaciones filosóficas. El subtítulo planeado para el libro, *Las últimas cosas antes de las últimas*, destaca justamente que el historiador dedica su atención, no a las últimas cosas que atañen a la filosofía, sino a las anteúltimas, que se encuentran alojadas en una suerte de antesala: “desde la perspectiva de las encumbradas regiones de la filosofía, el historiador se entrega a las últimas cosas antes de las últimas, instalándose en un área que tiene el carácter de una antesala. (Sin embargo, es esta “antesala” en la que respiramos, nos movemos y vivimos)” (KRACAUER, 2010, p. 222).

Si es cierto que, como dice Barnouw (1994, p. 164), Kracauer tiene el hábito de colocar entre paréntesis cuestiones que para él revestían la mayor importancia, deberíamos dedicar especial atención al final del pasaje citado: lo que en él se afirma es que la atmósfera en la que se mueve

y trabaja el historiador es la *Lebenswelt* – “la vida en su plenitud, la vida tal como la experimentamos comúnmente” (KRACAUER, 2010, p. 100) –, que en cuanto tal difiere de la naturaleza impalpable que señala a los objetos de la consideración filosófica. Como la realidad de la cámara fotográfica (*camera-reality*), la realidad histórica es en parte modelada y en parte amorfa, y muestra, pues, ese estado de semicocción (*half-cooked state*) que es propio de nuestro universo cotidiano.

Elevada etéreamente por encima de este, la filosofía se ve enfrentada con dilemas toda vez que se propone elaborar desde arriba la materia histórica; sobre todo, con el dilema que implica tratar de conciliar la relatividad de nuestros conocimientos históricos – consecuencia de la historicidad de la condición humana – con la búsqueda de verdades primordiales, de validez universal. Las dos soluciones, que representan para Kracauer una falsa alternativa, son, por un lado, el *trascendentalismo*, que, adherido a conceptos teológicos secularizados y a resabios de las metafísicas del pasado, sostiene la posibilidad de verdades atemporales y sostiene un reino de valores y normas absolutos; por otro, el *inmanentismo*, que, desde una perspectiva relativista, rechaza todo postulado ontológico, niega de plano la existencia de verdades atemporales y, colocándose ella misma en la inmanencia del proceso histórico, conduce la historicidad hasta sus últimas consecuencias lógicas. Ambas vertientes cuentan con sendas tradiciones de pensadores de importancia; pero Kracauer concentra su atención en los dos exponentes más próximos en el tiempo: Karl Löwith y Adorno. La filosofía de la historia del primero representa una huida en el trascendentalismo ontológico, más que una respuesta adecuada a la situación intelectual de nuestro tiempo; en cuanto al inmanentismo adorniano, *Historia. Las últimas cosas antes de las últimas* reproduce buena parte de las críticas (a veces, de manera textual) que aparecieron formuladas en el protocolo de la discusión en el Hotel Sonnenheim: los cuestionamientos de la evanescencia del concepto de utopía, de la postulación de una dialéctica infinita desprovista de sustancia ontológica, de la desatención hacia la “mera” empiria y hacia las contingencias de la historia. Frente a la violenta intervención sobre los materiales que implica la filosofía adorniana, Kracauer insiste sobre las virtudes de una *observación participante*: un método que había aplicado ya ejemplarmente en *Los empleados*, y que podemos condensar en una afirmación formulada en un artículo de 1930: “los hechos empíricos reclaman ser interpretados desde el interior, y no ser deducidos desde arriba. Solo le hablan a aquel que se confronta realmente con ellos” (Kracauer, Siegfried, “Presse und öffentliche Meinung” [FZ 4/10/1930]; cit. en AGARD, 2010, p. 79). Una disposición tal, que persiste aún en *Historia*, exige del historiador una parsimonia tal como la que Adorno deplora en Kracauer; este, por lo demás, se sentía tan atraído hacia la morosidad como hacia los rodeos y digresiones, en los que veía expresada la única forma genuina de respeto frente a la naturaleza discontinua del universo histórico y material.



En una carta a Robert Merton, en la que resalta el paralelismo entre sus perspectivas y las del sociólogo norteamericano, elogia a este por su “insistente amor por la digresión, el sentimiento que usted transmite de que el tema en su totalidad es inagotable [...] su interés por discontinuidades y posibilidades que nunca se realizaron: todo esto no podría hacerle más justicia a la materia con la que se encuentra tejida la historia” (carta del 16/3/1966 apud BARNOUW, 1994, p. 154).

Es característico que, en *Historia*, el derrotero del historiador sea comparado con el del digresivo narrador del *Tristram Shandy* de Sterne: así como Tristram no consigue llevar su relato más allá de su infancia, ya que “hay tanto que contar, tanto que investigar”, así también “imposible para cualquier historiador seguirlo hasta que alguna vez llegue a Loreto” (KRACAUER, 2010, p. 218). Algo de este avance sinuoso, moroso, no lineal retiene la estructura de *Historia*; si, como dice Agard (2010, p. 162), el ideal de Kracauer es el del viaje que no arriba a ningún sitio, si el itinerario de este intelectual nómada es, como el de Burckhardt, el de un “peregrino indolente”, que no ha penetrado “en el templo mismo del pensamiento, sino que toda su vida se contentó con entretenerse en los patios y salones del peribolo” (KRACAUER, 2010, p. 241), resultan comprensibles tanto la determinación de anteponer el camino a la meta como el empeño en permanecer en la antesala de las verdades últimas. Adorno (2003, p. 378) escribió que Kracauer tomaba siempre de manera obstinada el partido de Sancho Panza; nuestra última cita procede del último párrafo de *Historia*, que lleva el sugestivo título de “Sancho Panza”: apoyándose en la variación que practicó Kafka sobre la figura del héroe cervantino, Kracauer propone su propia utopía: la de un espacio intermedio, una *terra incognita* situada en los huecos entre los países que conocemos; el foco del pensador alemán está puesto en todo lo genuino que se encuentra “oculto en los intersticios entre las creencias dogmatizadas acerca del mundo, estableciendo así la tradición de las causas perdidas; dando nombres a lo hasta ahora innominado” (KRACAUER, 2010, p. 219). Así de curioso es el realismo de Kracauer.

**Referencias**

ADORNO, Th. W. “El curioso realista”. In: Notas sobre literatura. Obra completa, 11. Traducción de Alfredo Brotons Muñoz. Madrid: Akal, 2003.

ADORNO, Th. W.; KRACAUER, S. Briefwechsel 1923-1966. “Der Riß der Welt geht auch durch mich”. Public. del Theodor W. Adorno Archiv, ed. de Wolfgang Schopf. Frankfurt/M: Suhrkamp, 2008.

AGARD, O. Kracauer. Le chiffonnier mélancolique. París: CNRS Éditions, 2010.

BARNOUW, D. Critical Realism. History, Photography and the Work of Siegfried Kracauer. Baltimore, etc.: The Johns Hopkins U.P., 1994.

KRACAUER, S. Historia. Las últimas cosas antes de las últimas. Introd. de Miguel Vedda. Trad. de María Guadalupe Marando y Agustín D’ambrosio. Buenos Aires: Las cuarenta, 2010.

TRAVERSO, E., Siegfried Kracauer, itinéraire d’um intellectuel nomade. París: Édition la découverte, 1994.

Recebido em 25 de novembro de 2016.

Aprovado para publicação em 03 de dezembro de 2016.

DOI: 10.12957/rep.2016.27867



A Revista Em Pauta: Teoria Social e Realidade Contemporânea está licenciada com uma Licença Creative Commons Atribuição 4.0 Internacional.

# As Vilas Olímpicas na cidade do Rio de Janeiro e as chamadas organizações sociais: o neoliberalismo em campo\*

Olympic Villages in Rio de Janeiro and so-called social organizations: neoliberalism in the field

Marcelo Paula de Melo\*\*

Gustavo Martins de Andrade\*\*\*

Marina Boechat da Cunha\*\*\*\*

**Resumo** – O objetivo deste texto é discutir as políticas municipais de esporte do Rio de Janeiro, a partir da aprovação da Lei das Organizações Sociais (OS) em 2009. Esta viabilizou ao bloco no poder travar relações com organismos na sociedade civil para gerir os equipamentos conhecidos como Vilas Olímpicas. Esse mecanismo de atuação estatal insere-se no bojo das recomendações dos organismos internacionais dominantes para as políticas sociais, sendo uma característica marcante da privatização dessas políticas.

**Palavras-chave:** Vilas Olímpicas; organizações sociais, Rio de Janeiro; privatização.

**Abstract** – The goal of this paper is to discuss the city of Rio de Janeiro's sport policies, from the approval of the Law of Social Organizations in 2009. This law enabled the coalition in power to engage with civil society organizations in order to manage the assets known as Olympic Villages. This state action mechanism is part of the social policies recommendations of dominant international organizations, and a hallmark of the privatization of these policies.

**Keywords:** Olympic Villages; social organizations; Rio de Janeiro; privatization.

\* Essa pesquisa contou com bolsa Pibic-Ufrj.

\*\* Doutor em Serviço Social pela Universidade Federal do Rio de Janeiro. Docente na Escola de Educação Física e Desportos da Universidade Federal do Rio de Janeiro (EEFD/UFRJ). Líder do grupo de pesquisa Coletivo de Estudos de Políticas Públicas de Esporte, Educação Física e Lazer- EEFD/UFRJ. *Correspondência:* Escola de Educação Física e Desportos- UFRJ. Depto de ginástica - sala 221. Av. Carlos Chagas Filho, 540 - Cidade Universitária, Rio de Janeiro - RJ. CEP: 21940-901. *Email:* <marcelaomelo@gmail.com>.

\*\*\* Mestrando em Serviço Social pela Universidade do Estado do Rio de Janeiro (UERJ), licenciado em Educação Física EEFD/UFRJ. *Correspondência:* Escola de Educação Física e Desportos- UFRJ. Depto de ginástica- sala 221. Av. Carlos Chagas Filho, 540 - Cidade Universitária, Rio de Janeiro - RJ. CEP: 21940-901. *Email:* <gmartins\_157@hotmail.com>.

\*\*\*\* Aluna da residência multiprofissional em saúde HUAP-UFF, licenciada em Educação Física (EEFD/UFRJ). *Correspondência:* Escola de Educação Física e Desportos- UFRJ. Depto de ginástica - sala 221. Av. Carlos Chagas Filho, 540 - Cidade Universitária, Rio de Janeiro - RJ. CEP: 21940-901. *Email:* <marinabc11@hotmail.com>.